

poniendo en prision al jóven príncipe reinante Ivan VI, con su madre, por rehusar todo marido oficial, para casarse secretamente con un granadero de la Guardia, y por tomar al mismo tiempo otros maridos suplementarios, sin perjuicio de otras personas á quienes se entregaba diariamente, despues de haber bebido con tanto exceso, que sus doncellas se veian obligadas á llevarla á la cama absolutamente ebria. Parece que no se podia ir más léjos en punto á libertinaje. Sin embargo, Catalina II, á quien Voltaire llamaba *su Santa Catalina y su diosa*, encontró el medio de señalarse aún todavía más en cuanto al cinismo de sus costumbres, y por añadidura se complacia en regar sus desórdenes con la sangre de todos los que no aprobaban su vida desarreglada y hacian sombra á su ambicion. Habiéndose casado con Pedro III, tuvo de él á Pablo, que fué despues Emperador; éste es el padre de Alejandro, de Constantino y de Nicolas, el Czar actual de la Rusia. Él fué extrangulado en 1801, sin que se supiese quién habia sido el autor de su muerte.

No pudiendo Pedro III sufrir las infidelidades de Catalina, quiso repudiarla y reconocer por su heredero al príncipe Ivan, destronado por Isabel y encerrado en un calabozo. Habiendo penetrado Catalina los designios de su esposo, puso en campaña los cortesanos á quienes ella se prostituia; una conspiracion estalló, que obligó á Pedro III á renunciar la corona, y proclamó á Catalina sola Emperatriz. Pocos dias despues Pedro III fué extrangulado por orden de su esposa, y más tarde tambien Ivan VI tuvo la misma suerte, y Catalina pudo continuar sin oposicion y sin temor sus desórdenes y sus asesinatos hasta su muerte. Tales han sido las mujeres, soberanos pontífices de la Rusia. En efecto, la mujer deshonesto ha sido y será siempre feroz; ella no comprenderá jamas el verdadero amor ni la verdadera abnegacion, á no ser el amor idólatra de sí misma y la abnegacion egoista para consigo misma. Así, pues, no hay abnegacion, no hay amor en la mujer en quien no habita la castidad.

§ III.—La castidad es tambien para la mujer la condicion *sine qua non* de su amor y de su celo por la verdadera religion.—La mujer irlandesa.—La virginidad de la fe depende de la virginidad del corazon.—La mujer pura es la guarda fiel de la Iglesia, y cómo debe ella consagrarse á la Iglesia.—Conclusion.

Añadamos tambien que la mujer que no se respeta lo bastante en cuanto á las costumbres, acaba por perder tambien la fe, y que su cinismo en materia de religion sigue muy de cerca á su cinismo en materia de conducta. Ya hemos visto en el discurso de esta obra que todas las herejias y todos los errores se han establecido en el mundo con la ayuda de la corrupcion de las mujeres. Diariamente estamos viendo que las mujeres incrédulas, las mujeres filósofas, son todas mujeres sin costumbres, que no se mofan de las creencias y de las prácticas religiosas sino despues de haberse burlado de todas las leyes de la honestidad, y que no renuncian de todo punto á la fe sino despues de haber renunciado de todo punto al pudor.

Hemos visto tambien que, así como la mujer corrompida es la que ha hecho siempre y en todas partes la guerra á las doctrinas católicas, por el contrario, la mujer virgen es la que las ha salvado y defendido siempre y en todas partes. Hemos admirado en particular la constancia del celo de la mujer irlandesa para la defensa de la fe católica, aún en nuestros mismos dias. Pero esto consiste en que la mujer irlandesa del siglo XIX ha conservado siempre la misma pureza y la misma severidad de costumbres de la mujer irlandesa del siglo XVI. Una señora de ese heroico país, atribuyendo á una causa natural lo que sólo es efecto de las costumbres católicas, profundamente arraigadas en ese pueblo, nos decia últimamente: «La castidad nos es tan natural, que no tenemos mérito alguno en ser castas. Por otra parte, nosotras no tenemos tentaciones: los hombres nos respetan y no tratan de seducirnos.» Esto es muy natural, supuesto que su extremada reserva no deja ninguna esperanza á la seducccion, porque la mujer no es seducida sino cuando ella quiere serlo. Su ligereza es quien anima al libertinaje y le pone asechanzas. En la guerra sólo se ataca á las plazas que tienen un punto débil, y del que se cree poderse apoderar.

En Irlanda casi no hay mujeres públicas, y aún las pocas que hay son casi todas extranjeras ó protestantes. Y sin embargo, el

anglicanismo ha hecho á la Irlanda tan pobre; sin embargo, al hombre del pueblo le cuesta tanto trabajo alimentar sólo con patatas á sus pobres hijos. Pues bien, tanta castidad en medio de tanta miseria y de tanta abnegacion, ¿no es un prodigio? Sí; la economía política y la legislacion criminal no tienen parte alguna en él; este prodigio es obra exclusiva del Catolicismo, que inspira la castidad, así como la castidad hace amar al Catolicismo, le da la mano y le sostiene. Esto es muy natural. Segun un bello pensamiento de Origenes, la verdadera fe es la virginidad del espíritu; esta virginidad del espíritu tiene una relacion íntima y oculta, pero real, con la virginidad del corazon y la pureza del cuerpo, y estas dos virginidades se sostienen mutuamente. Así, pues, la mujer llena de fe, la mujer de una fe sólida, de una fe viva, es la mujer honesta, es la mujer celosa de su virginidad; y la mujer honesta, la mujer celosa de su virginidad, es la mujer llena de fe, es la mujer de una fe sólida, de una fe viva, es la mujer consagrada á la verdadera fe é inflamada por el celo de sostenerla. Es más aún: la mujer de corazon puro tiene el olfato muy fino en materia de religion; ella no tiene necesidad de largos discursos ni de observaciones reiteradas para conocer las doctrinas erróneas y los apóstoles del error. Ella no necesita más que olfatear, y por un instinto del corazon, más bien que por una operacion del entendimiento, conoce cualquier error más fácilmente que el hombre; este instinto tiene algo de un juicio infalible. Yo no sé si ha sucedido jamas que la mujer verdaderamente cristiana, al denunciar á la Iglesia una doctrina ó una persona como sospechosa en materia de fe, se haya equivocado jamas. Así, pues, la Iglesia es el pastor que hiere y mata al lobo de la herejía, y la mujer cristiana es su compañera vigilante, que lo siente venir desde léjos, que con sus reclamaciones lo señala á la Iglesia y le hace seguir sus pisadas, á fin de que pueda alcanzarlo; la mujer cristiana es la guarda fiel de la Iglesia.

Mujeres cristianas, mujeres católicas, verdaderas hijas de la Iglesia, oíd esto: la Iglesia, en un tiempo no muy lejano, podrá tener una necesidad especial de vosotras. Vosotras podréis ser llamadas en auxilio del Cristianismo, expuesto á terribles pruebas, para salvarle y salvar á la Europa. Pero estad persuadidas de que no podréis cumplir esta mision, la más grande, la más honrosa y la más fructífera, despues de la que fué confiada á los primeros

apóstoles, á ménos que no seais puras. Sólo por manos puras podrá ser sostenido el edificio de la verdadera fe. Ya habeis visto que todas las grandes mujeres del Catolicismo que han admirado y regenerado al mundo, bajo el punto de vista religioso y político, por su fe y por su celo, han sido ante todo unos prodigios de pureza. Esto consiste en que la mujer no es grande, no es sublime, no es capaz de grandes cosas, sino con esta condicion. Por consiguiente, al mismo tiempo que se os instruya en la religion de una manera sólida, á fin de que vuestra fe sea ilustrada, procurad alejar de vosotras todo cuanto pueda manchar vuestro espíritu y corromper vuestro corazon. No os entregueis al mundo si quereis dominar y mejorar al mundo, y consagraos á la santa castidad, á fin de que vuestro corazon se abra al amor del bien y á la abnegacion. Vosotras debeis este sacrificio á la Iglesia; porque ya habeis visto que en el mundo antiguo la mujer fué sujeta á unas obligaciones superiores á su flaqueza, ó completamente despreciada; que toda su historia, por espacio de tres mil años, se resume en estas dos palabras: *degradacion* y *opresion*, y que sólo el Cristianismo, por sus doctrinas, por el dogma de la Encarnacion y de la maternidad divina de María, por el misterio de la union de Jesucristo con la Iglesia, por el sacramento del matrimonio, y en fin, por el espíritu del Evangelio, os ha restablecido en vuestra primera condicion de compañeras y ayudas del hombre, y os ha regenerado. (Primera parte.) Habeis visto tambien que, degradadas entre los herejes de todas las sectas y entre los cismáticos de todos los matices, sólo en el seno del Catolicismo es donde, siendo vírgenes, sois miradas como criaturas celestiales; siendo viudas, sois objeto de la proteccion y de las consideraciones de todos; siendo casadas, sois esposas, madres y señoras de la casa; que sólo en el Catolicismo es donde se interesan por vuestra instruccion y por vuestra felicidad, donde os respetan y donde conservais toda vuestra grandeza y toda vuestra dignidad. (Ibid.) Pero es evidente que los grandes medios con que el verdadero Cristianismo, el Cristianismo católico, os ha regenerado, han sido conservados, han obrado sobre vosotras y os han sido aplicados sólo por el celo, la vigilancia y la firmeza de la Iglesia, por el ministerio de la Iglesia, por el interes especial con que os mira la Iglesia. Ved, por consiguiente, lo que debeis á la Iglesia.

La incredulidad moderna ha dicho muchas veces con un aire de desprecio: «El Catolicismo es la religion de las mujeres»; pero, en cierto sentido, este sarcasmo de mal gusto, ó más bien esta estúpida blasfemia, contiene una grande verdad: porque el Catolicismo es, en efecto, la única religion amiga y protectora de la mujer; la única religion que ha vengado, rehabilitado, emancipado y ennoblecido á la mujer; la única religion que ha aprovechado de una manera especial á las mujeres. El Catolicismo rescató al hombre de una sola especie de esclavitud, de la *esclavitud del pecado*; mas en cuanto á vosotras, mujeres, os rescató de dos especies de esclavitudes: de la *esclavitud del pecado* y de la *esclavitud no ménos horrible del hombre*, colocándoos bajo la proteccion inmediata de Dios. Al Catolicismo, pues, debeis el lugar que ocupais en la sociedad moderna. Él convirtió al hombre, otras veces vuestro señor y vuestro tirano, en vuestro protector, vuestro apoyo, vuestro compañero y vuestro hermano; él puso un cetro en vuestras manos, marchitas por las cadenas de una larga esclavitud; él hizo de vosotras un sér sagrado, que todos se complacen en venerar, en honrar, en amar y en prodigar las más afectuosas y delicadas atenciones; él hizo, en fin, de la mujer la mediadora de la paz, la fuente de la felicidad en la familia, el eje de la civilizacion de la sociedad y la admiracion del mundo. Pero el Catolicismo hizo todo esto por la accion de la Iglesia. La Iglesia, centinela vigilante, guarda incorruptible de todas las verdades reveladas que Dios ha confiado á su fidelidad, defendiendo la sociedad doméstica, que ella fundó dieciocho siglos há, conservó vuestros derechos y vuestra dignidad durante el largo período de los siglos. La Iglesia, cuantas veces se ha tocado á la gloria de la virginidad, á la unidad, á la indisolubilidad ó á la santidad del matrimonio, sobre las que reposa vuestra independencia y vuestra libertad, ha dado grandes gritos, se ha levantado con la valerosa intrepidez, con la resolucion y el arrojio de una leona cuyos hijos quieren maltratar. La Iglesia ha desafiado á todas las potestades, ha comprometido todos sus intereses y se ha expuesto á todas las persecuciones por ponerlos al abrigo de la brutalidad del hombre. La Iglesia, en fin, os ha presentado al mundo como sus hijas muy amadas, á las que no pueden tocar sin tocar á la Iglesia misma en las niñas de sus ojos.

¿Qué seriais vosotras sin la Iglesia? ¡Ah! Si no fuera por la Igle-

sia, hay ya mucho tiempo que la herejía, volviendo á sumergir la familia en la abyeccion del sensualismo pagano, hubiera trastornado todas las leyes protectoras de la mujer; y todas vosotras, envilecidas, degradadas, desventuradas, estarias reducidas á la triste condicion en que gemia la mujer bajo el paganismo antiguo, y en que la tiene todavía la idolatría de tantos pueblos modernos. Y no son los filósofos, los publicistas, los jurisconsultos ni los soberanos temporales los que os hubieran sacado de ese abismo. Si estos personajes se han declarado algunas veces en vuestro favor, esto se ha sucedido cuando han escuchado á la Iglesia y se han inspirado de los sentimientos de la Iglesia para con vosotras. Pero desde el momento en que no han escuchado más que á sí mismos ni se han inspirado más que de sí mismos, han estado siempre y en todas partes contra vosotras; han conspirado con un acuerdo infernal para hacer vuestra degradacion y vuestra desgracia; se han prestado mutuamente su auxilio y su fuerza para rebajaros, para esclavizaros y para remachar vuestras cadenas. De modo que debajo del cielo, mujeres, no os olvideis nunca de esto, no teneis más que la Iglesia que se interese por vosotras, que tenga cuidado de vosotras, que os defienda, que os cubra con su proteccion y os haga felices con su amor.

Cuán monstruosa sería, por consiguiente, vuestra ingratitud en no consagraros con alma y cuerpo al servicio y á la propagacion de la Iglesia; en volver la espalda á la Iglesia; en hacer causa comun con los herejes, con los filósofos y los incrédulos, enemigos de la Iglesia. Vosotras seriais unas hijas desnaturalizadas, que desprecian y hacen traicion á su buena y tierna madre, que las ha exaltado y enriquecido con todos los bienes. Vosotras seriais unos seres humanos sin entrañas y sin corazon; vosotras seriais unos monstruos en forma de mujeres, dignas de los anatemas que San Pablo pronunció contra los que no aman á Jesucristo y á la Iglesia; vosotras seriais dignas del estado de degradacion y de martirio en que se ha encontrado y se encuentra siempre y en todas partes la mujer fuera del Cristianismo y de la Iglesia, y del que el Cristianismo y la Iglesia os han librado. Reflexionad bien todo esto. Vuestro buen sentido y vuestro corazon os dirán lo demas.

FIN.